

A la letra se cumplió lo que Montcalm había previsto tan melancólicamente; pues que los ingleses efectuaron su desembarco en la orilla izquierda del río, que fué lo que decidió la jornada, mas abajo de la ciudad; porque donde se hallaba el campamento de Montcalm no era posible el desembarco, conforme había demostrado la tentativa del 31 de julio. Unicamente podía existir un punto favorable mas arriba del campamento á unos tres cuartos de hora de distancia de la ciudad, y efectivamente allí descubrió la vista de águila de Wolfe una abra que lleva ahora su nombre (*Wolfe's cove*) y que forma por una inflexion de la sierra abrupta que sigue la orilla del río, una cala con una playa muy estrecha. Allí descubrió Wolfe un sendero angosto y muy pendiente que conducía á la cresta, donde había algunas tiendas de campaña que según cálculo de Wolfe podían servir á un destacamento de un centenar de hombres. En esta abra resolvió desembarcar durante la noche, mientras engañaba al enemigo con maniobras ejecutadas mas arriba de aquel punto y otras en frente de Beauport.

El día 12 de setiembre y parte de la noche del mismo día transcurrieron en preparativos; y á la luz de las estrellas, la una de la madrugada del día 13 salieron las lanchas con las tropas deslizándose á favor de la marea baja por la corriente del río hasta la abra designada en la orilla izquierda. Los que se hallaron en la lancha del general jamás olvidaron que este recitó durante la travesía los bellísimos versos de la «Elegía en un cementerio de aldea» de Gray: «Los blasones soberbios, la pompa del poder y todo cuanto resplandece lleno de hermosura y riqueza están condenados inexorablemente á tener su hora postrera. En la tumba encuentra también su término el sendero de la gloria.» Pasada una mitad de la tropa sin percance á la otra orilla, llegaron los buques para proteger su desembarco. Wolfe saltó con su gente en tierra y subieron el sendero escabroso, mientras la infantería ligera á la cual la corriente había llevado mas abajo, tuvo que subir trepando con muchísima fatiga. Llegaron por fin á la cima, y algunos tiros bastaron para arrojar de allí á la avanzada canadiense. Entre tanto hicieron las lanchas otro viaje y al romper el día ocupaba Wolfe con todo su ejército las Alturas de Abraham, destinadas á ser teatro de la lucha que debía decidir de la suerte del Canadá. Cuando supo Montcalm lo sucedido, exclamó: «Ya han encontrado el punto vulnerable de esa pobre guarnición; ahora es preciso librar una batalla y vencerlos antes de medio día.» A las 10 de la mañana estuvieron formados los dos ejércitos en batalla uno en frente de otro, contando cada uno unos 5,000 hombres; de suerte que numéricamente eran iguales, pero en calidad no podían ser mas desiguales. El ejército inglés se componía enteramente de soldados veteranos, que tenían el sentimiento de su superioridad y la confianza que dan la buena dirección, la disciplina y el buen armamento; los franceses tenían algunas débiles compañías de tropa de línea mezcladas con canadienses allegadizos que se veían por primera vez en el caso de sostener una batalla en regla en campo abierto. El éxito no podía ser dudoso. Despues de haber hecho fuego los franceses durante una hora con sus únicos tres cañones, contestándoles los ingleses con uno ó dos que mas no tenían, los franceses emprendieron el ataque á paso de carga y haciendo un fuego terrible. La línea inglesa aguantó sin contestar el fuego granadeo, llenándose instantáneamente los claros que las balas abrieron en sus filas; y dejando acercarse al enemigo hasta 40 pasos, le disparó en toda su extensión una única pero mortífera descarga. Apenas se hubo disipado el humo de la pólvora, se adelantó Wolfe con dos heridas en el cuerpo, y ordenó á sus granaderos el ataque á la bayoneta. En aquel momento recibió un tercer balazo en el pecho y tuvo que ser

retirado del campo de batalla; pero sus granaderos cumplieron la órden; el enemigo, ya desconcertado, no resistió la embestida, desbandándose despues de una corta lucha y dejando en el campo 1,500 muertos, heridos y prisioneros.

Mientras sucedió todo esto, espiraba detrás de la línea de batalla el vencedor general Wolfe. «Huyen, huyen, dijo el oficial que sostenía en sus brazos al general moribundo.—¿Quién huye? preguntó Wolfe.—Los franceses; en todas partes ceden, fué la contestación.—¿Cómo! ¿ya huyen? Que vaya corriendo uno al general Burton á decirle que mande á todo correr el regimiento de Webb al río de San Carlos para cortar la retirada á los fugitivos. Alabado sea Dios.» Estas fueron sus últimas palabras.

No menos heroicamente que el vencedor murió el vencido. También Montcalm había permanecido durante la acción en medio de la lluvia de balas donde mas espesa era, y herido ya, había conducido otra vez á los canadienses, que ya huían, contra los granaderos ingleses y había recibido en este ataque el balazo mortal. Llevado á la ciudad, preguntó al médico cuánto tiempo le quedaba de vida. «Diez ó doce horas, quizás menos,» le contestó el médico; á lo cual respondió el moribundo: «Tanto mejor, así no veré la rendición de Quebec.» A la mañana siguiente había fallecido y el día 17 capituló la ciudad.

La América inglesa no cupo en sí de alegría; en todas las ciudades hubo iluminaciones; en todas las alturas se encendieron hogueras; en todas las asambleas, en los pulpitos y en la prensa se celebró el día de la gran victoria; y cuando en la lejána Inglaterra el parlamento felicitó al gran ministro Pitt, dijo este conmovido: «Cuanto mas el hombre penetra en los sucesos, mas claramente encuentra en todas partes la mano de la Providencia.» El único mérito que reclamó para sí le formuló en las siguientes palabras: «Confieso que el celo con que deseo servir á mi país excede en mucho á la fuerza de mi débil cuerpo.»

Nadie en toda la Inglaterra entusiasmada con esta victoria, sospechó entonces á quién aprovecharían al fin los brillantes resultados de las armas inglesas. Un francés lo vió con profética mirada, que fué el marqués de Montcalm, al cual esta prevision sirvió de lenitivo al dolor que le causaron sus reverses, y le facilitó la despedida de una vida que para él fué una lucha desesperada contra una sentencia inexorable de la Providencia. En la memorable carta del 24 de agosto de la cual hemos extractado ya su predicción respecto de la caída de Quebec, había este otro vaticinio: «Me consolaré de mi derrota y de la pérdida de la colonia, la profunda convicción que tengo de que esta misma derrota equivaldrá algún día para mi patria á mas de una victoria. El vencedor engrandeciéndose sin cesar, encontrará su sepulcro en su mismo engrandecimiento. Lo que digo os parecerá, querido primo, una herejía; pero os bastará un momento de reflexión política, una mirada á la situación y circunstancias de América para ver brillar en toda su claridad la exactitud de mi opinion. Todo el mundo odia la esclavitud, la dependencia y la obligación de obedecer; pero á ningún pueblo le repugnan tanto como al inglés; y lo que se puede decir de los ingleses de Europa, mucho mas se aplica á los de América. Muchos de estos colonos son los hijos de aquellos hombres que se expatriaron voluntariamente en tiempo de la revolución cuando la vieja Inglaterra vió escarnecidos sus derechos y fueros. Ellos buscaron entonces en América un país donde poder vivir y morir libremente, casi sin autoridad ninguna, y los hijos no han renegado de los sentimientos republicanos de sus padres. Otros son hijos de criminales desterrados á este país, ó los criminales mismos que detestan todo freno y toda sumisión. Otros finalmente han venido de diferentes países

Europeos y tienen muy poco cariño á la vieja Inglaterra; y todos juntos se cuidan muy poco ni del rey ni del parlamento de Inglaterra. Todas estas colonias para gran suerte suya florecen; son populosas y ricas; reunen en sí todo cuanto puede alegrar la vida, y la vieja Inglaterra ha sido bastante tonta para permitir que se desarrollen en estas comarcas todas las artes, industrias y manufacturas; es decir les ha permitido romper la cadena que les unía á la madre patria y les hacía dependientes de ella. Tiempo hace que todas estas colonias habrían sacudido este yugo, y que cada provincia habría formado una pequeña república independiente, si no hubiese sido por el temor de los franceses, á quienes tenían á sus puertas y que han sido el freno que les ha detenido. Amo por amo, han preferido á sus compatriotas antes que dejarse dominar por los extranjeros; pero siempre con la intención de obedecer lo menos posible. Ahora bien, si los ingleses conquistan el Canadá, y los canadienses forman con estos colonos ingleses un solo pueblo, y la vieja Inglaterra llega á atacar sus intereses, ¿cree V. que obedecerán estas colonias? —Estoy tan seguro de lo que escribo, que lo veo venir antes de que hayan pasado 10 años desde la conquista.»

#### VIII.—KAY. KUNERSDORF. MAXEN

Federico el Grande pasó el invierno de 1758 á 1759 en Breslau á manera de anacoreta. «A medio día como solo, escribió al marqués de Argens, paso la tarde leyendo y escribiendo, y no ceno. Cuando uno está triste, le es difícil ocultar á la larga sus penas y por eso es mejor pasarlas á solas y no fastidiar con ellas á la sociedad. El único lenitivo que encuentro para ellas es la tensión fuerte del espíritu que requieren los trabajos serios y la laboriosidad perseverante. Estos distraen á la fuerza de los pensamientos. Es verdad que no distraen sino mientras duran; una vez concluido el trabajo vuelven las penas con la misma fuerza de antes.» Con espanto comparó Federico el pasado con el presente, y sobre esto escribió á un amigo: «De cuando en cuando tengo algunos destellos de mi buen humor de antes; pero son chispas que se apagan, porque falta la lumbre que las ha de alimentar; son exhalaciones fugaces que salen de nubes preñadas de tempestad. Lo digo de veras: si me viera V., no me conocería. Encontraría á un hombre viejo, canoso, que ha perdido la mitad de sus dientes y su alegría, su ardor y su imaginación por entero.» Con presentimientos lúgubres aguardó la próxima campaña. Con presentimiento profético escribió en 2 de mayo. «Los meses de julio y agosto serán los mas críticos. Lo que necesitamos no son milagros pequeños, sino muy grandes; necesitamos ángeles exterminadores que degüellen ejércitos enteros; necesitamos fuego del cielo y fuego de volcanes para devorar hordas enteras de bárbaros. El gran aprieto en que me hallo consiste en que antes no han trabajado mis enemigos de consuno, y así podía yo derrotarlos parcialmente; pero este año quieren atacarme todos á la vez. Si realizan su propósito, puede V. desde luego redactar mi epitafio y tomar su pasaje para la Jamaica.»

Para combatir á las fuerzas rusas que se concentraban en Posen antes que se reuniesen había enviado Federico á aquella provincia en el mes de junio al general Dohna con su division reforzada por la de Hülsen, componiendo juntas unos 30,000 hombres que tenían órden de subir por la orilla del río Warte arriba; pero en todas partes habían llegado tarde, y finalmente habían tenido que retroceder hasta el Oder ante el doble número de enemigos para no perder su comunicacion con la Silesia. Apenas llegó este ejército á Züllichau el 21 de julio, se presentó el general Wedell para reemplazar al general Dohna á quien el rey había relevado

del mando. Wedell tenía órden del rey de atacar á los rusos donde los encontrara. Los descubrió por la mañana del 23 de julio viniendo del riachuelo Obra en dirección de Crossen del Oder, y resolvió atacar por el flanco á la columna rusa durante su marcha. Para acercarse á los rusos solo descubrieron los prusianos un camino angosto entre los dilatados pantanos que forman la comarca. Este camino desembocaba en la llanura junto al molino de Kay, y las dificultades que ofrecía al paso de las tropas no se vieron en toda su magnitud sino cuando el ejército estaba ya internado. Al dar el general Wedell la órden de atacar no tenía todavía una idea completa de la topografía del terreno. Además los diferentes cuerpos de su ejército mostraron al salir de la angostura demasiado ímpetu y no aguardaron á que se reunieran grandes masas; de modo que la batalla del 23 de julio se redujo á un gran número de embestidas sueltas, que los prusianos emprendieron con valor bastante para introducir el desórden en las filas rusas, pero que finalmente se estrellaron, como no podían menos de estrellarse, contra la enorme superioridad numérica de los rusos y contra las descargas de metralla de su artillería también inmensamente superior. Por la noche se retiró el general Wedell despues de haber perdido 8,000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, al desfiladero protector, y al día siguiente pasó el Oder cerca de Tchicherzig y acampó cerca de Sávoda junto á la carretera de Sagan, donde Federico estaba reuniendo un ejército grande contra los rusos.

Estos últimos entraron en 25 de julio en Crossen, y no encontrando allí á los austriacos, marcharon á lo largo del Oder hasta Francfort á orillas de este río, ocuparon la ciudad y construyeron el 3 de agosto un campamento en frente de ella en la altura de Kunersdorf. El ejército ruso contaba á la sazón todavía 60,000 hombres; tenía el mando en jefe nominalmente el general conde de Soltikoff, cortesano viejo é inepto; pero el general verdadero era Fermor, que por su desgracia en Zorndorf había tenido que someterse al bochorno de obedecer á un superior como el conde.

Con el establecimiento de los rusos á orillas del Oder quedó realizada la condición primera del plan general de operaciones concertado entre las cortes de San Petersburgo y de Viena. Faltaba saber si los austriacos lograrían, y en tal caso cómo, dónde y cuándo, reunirse con los rusos. Respecto de este punto diremos desde luego que semejante reunion jamás se habría realizado si el ejército austriaco no hubiese contado con un general como el teniente feldmariscal Laudon.

El feldmariscal austriaco Daun estaba con 70,000 hombres desde el 6 de julio cerca de Marklissa en la cordillera que separa la Silesia de la Bohemia. Cediendo á las vivas instancias de Soltikoff hizo marchar á mediados de julio los cuerpos de Hadik y de Laudon en dirección al Norte. Este último había llegado el 24 de julio á Rothenburgo á orillas del Neisse siguiéndole á marchas forzadas Hadik, y ambos se reunieron el 29 cerca de Priebus. El príncipe Eugenio de Wurtemberg, á quien el rey Federico había mandado avanzar en esta dirección con 6,000 hombres, se retiró paso á paso ante el ejército austriaco. Laudon para llegar sin peligro á Sommerfeld, donde tenía empeño en llegar antes que los prusianos, envió á su derecha desde Halbau hasta Sorau una serie de destacamentos de caballería ligera, á fin de impedir que los prusianos apostados cerca de Sagan pudiesen enterarse de sus movimientos. A favor pues de esta especie de cortina llegaron ambos jefes austriacos felizmente á Guben (1), despues de pasar Hadik por Pförten, y Laudon por

(1) Véase la obra alemana de JANKO, *Vida del feldmariscal Ernesto de Laudon*. Viena 1869.